

AÑO XXII.—NÚM. 6179

14 DE ENERO DE 1882

REDACCION, MAYOR 21.

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 14 de Enero de 1882.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII.

XIII.

La persecución que hemos visto se abrió contra el contrabando extranjero, desde que éste se dió á trabajar por cuenta propia, de nada sirvió para atajarle en el camino de sus progresos; este, á cambio de la garantía que antes le prestara el nombre español, encontró otra todavía más sólida para la seguridad de sus intereses en la ductilidad de los gobernadores; lo cual no debe causar estraneza, por que siendo venales los cargos, en su mayor parte, y todos por un tiempo determinado, natural era que los funcionarios procuraran reintegrarse de algun modo de sus sacrificios. El Consejo de las Indias no elegía para los cargos lucrativos el mérito, la virtud ó la suficiencia, sino la mayor cantidad que se le ofrecía, y á nadie se nombraba para un gobierno, que no le hubiese costado bastante caro, á escepción de los vireyes de Méjico y del Perú, que eran siempre elegidos entre los grandes de España por la influencia del favoritismo. Tanto estos dos altos puestos como los gobiernos de los puertos, de mar eran cubiertos por hombres enviados de la metrópoli; los del interior del país, los adjudicaban los vireyes al mejor postor. Los presidentes de Panamá, de Santo Domingo y de Guatemala, que tenían la misma autoridad que los gobernadores, compraban como ellos sus empleos.

Cinco años era el tiempo de desempeño señalado á estos destinos; y esto dice la prisa que se daban los beneficiados para que no les cogiese

desprovistos el día del cese; por eso se les veía comprar, y vender de su propia cuenta los géneros ó artículos prohibidos. En el Reinado de Carlos II hubo un gobernador de Cartagena de Indias llamado Pimiento, que puede considerarse como una verdadera muestra en el arte de hacer fortuna. Fué su protector para alcanzarle del rey aquel destino, el Elector de Baviera, á cuyas órdenes había servido; aconsejándole, ya una vez obtenido, reunió á los antes posibles cuatrocientos ó quinientos mil escudos, y se volvió á Europa á disfrutarlos. No fué tan fiel el consejo, como lealmente obedecido; Pimiento se reservó para sí todo el monopolio del contrabando, y afectando veneración profunda á la observancia de la ley, no dejó participar á nadie de sus beneficios. Cuan grandes fueran los rendimientos por este sistema de absorción, que escribió á Madrid por el mismo buque que le había llevado á América, pidiendo su retiro, calculando que cuando este le llegara ya habría completado su fortuna. El resultado, respondió fielmente á su cálculo, solo que la muerte se anticipó al retiro, y Pimiento murió antes de recibirse, dejando á sus herederos cerca de cinco millones de escudos.

Por lo general, los gobernadores, no pensaban como éste: con ellos iban á la parte todos los que les ayudaban en el tráfico ilícito como agentes ó encubridores. Por eso no llegaba á tanto su fortuna, pero era frecuente el verlos retirarse con trescientos ó cuatrocientos mil escudos. La de los vireyes ascendían en algunos hasta dos millones también de escudos. Cuéntase de uno de estos un caso que basta para dar á conocer hasta que punto había arraigado la inmoralidad en la administración pública. Supo un día el tal virey que se habían introducido objetos de contrabando en un pequeño puerto de su viroynato, cuyo gobernador, era no-

torio que proveía á los extranjeros de guías para ayudarles á traficar con entera seguridad; y afectando indignación, bajo el velo de una aparente integridad, comisionó á un empleado de toda su confianza para que hiciese averiguación del hecho y persiguiese á todos los que resultasen cómplices en el delito. El comisionado, siguiendo las inspiraciones del virey, tal vez con mejor buena lé, empezó el sumario con las más terribles amenazas; pero muy luego hubo de doblegarse á los alhagos, y la codicia tentadora le hizo aceptar gustoso en precio de su silencio la tercera parte de la suma que el gobernador había adquirido. Un segundo diputado del virey fué cogido en las mismas redes; siguieron, sin embargo, las averiguaciones, y solo cuando ya nada podían sacar del esprimido gobernador, avisaron al virey de que se esperaba en aquel puerto un navio de la China ricamente cargado de telas; entónces nuevos comisionados confiscaron el buque y arrestaron al gobernador y á sus cómplices. Escandaloso fué el proceso que se instruyó con este motivo, todos habían prevaricado en el ejercicio de sus funciones, y cuando se esperaba un castigo saludable, la audiencia de Lima pronunció su fallo absolutorio para todos.

Las adquisiciones territoriales hechas en América por la Inglaterra, la Francia, la Holanda y Dinamarca vinieron á dar mayor amplitud al comercio ilícito, que ya fuerte en sí, y apoyado por sus marinas de guerra, había dejado la vida errante y recelosa para marchar en línea recta y segura á su destino. En ligeras balandras iban á despachar sus géneros á la vista de nuestros buques de guerra, estacionados en las costas, los cuales no podían darles caza por su mucho calado que les impedía acercarse á las playas; y si los españoles armaban otras balandras para perseguir á aquellas, las flotillas enemigas

que les acompañaban salían á impedir la persecución, obligándolas á retirarse á los puertos inmediatos. Numerosos armadores del Havre y de Saint Malo se hicieron poderosos por medio de estas expediciones comerciales que hacían á despacho de nuestras leyes con la más entera seguridad, y no podía suceder de otro modo cuando nuestros buques de guerra eran muy pocos, é inmensas las costas que tenían que guardar. En el reinado de Carlos II no poseía España en el Océano Pacífico más que tres navios de guerra, construidos en mil seiscientos noventa por orden del virey del Perú, hallándose solo dos de ellos en estado de contrarestar el mar, y durante el invierno todos permanecían anclados en el puerto del Callao.

Así es como el contrabando llegó á tomar aquel pavoroso incremento que solo con referencia á Inglaterra hubo año que los retornos de la Jamayca subieron hasta seis millones de pesos. El tratado que autorizó á los holandeses para transportar negros desde Guinea á las colonias españolas, facilitó todavía más el comercio fraudulento, pues á la sombra de tal privilegio, pudo establecer la Holanda comisionistas en Cartagena, en Porto-Bello, en Panamá y en Vera-Cruz, y por ellos recibían los negociantes de Amsterdam y de Curacao noticias circunstanciales de la clase y cantidad de las mercaderías que podían importarse con mayor ventaja, organizándose así entre ellos el contrabando con mayor seguridad y extensión. Así llegaron á verse casi desiertos los mercados regulares de Porto-Bello y de Vera Cruz. Al terminar el reinado de Felipe IV, ya los galeones tenían que aguardar la llegada de los mercaderes americanos hasta tres años algunas veces; y durante estas estadias se podían los buques en los puertos, se averiaban las mercaderías y los negociantes de Cádiz,

-4-

POLIUTO.

OPERA EN TRES ACTOS

Letra de S. Cammarano, música del maestro Donizetti.

PERSONAJES.

SEVERO, procónsul.

FELICE, gobernador de Meditena.

POLIUTO, magistrado y esposo de

PAULINA, hija del gobernador

CALLISTENE, gran sacerdote de Giove.

NEARCO, gefe de los cristianos de Armenia.

UN CRISTIANO.

Cristianos, magistrados, sacerdotes de Giove, pueblo armenio, guerreros romanos, coros y comparsa.

Cuando reinaba en Roma el emperador Decio por los años 249 de J. C. se suscitó la más cruel persecución contra los cristianos, único acontecimiento notable que tuvo lugar en el corto espacio de su estéril reinado, y en el que, si grande fué el rigor con los cristianos, mayor era la constancia con que estos, despreciando los más atroces suplicios, conservaron sin mancilla su fé y sus sagrados juramentos. De aquí el poeta francés tomó el asunto para su drama, del cual daremos una sucinta explicación.

ta Severo á Calistene que vida pasa Paulina con su esposo; y sabiendo que vive siempre llorosa y retirada, y que la noticia de la muerte del hombre á quien amaba la había hecho acceder á la voluntad de su padre de que se casara con otro, conoce que es desgraciada, pero no criminal.

Vase Calistene, y se presenta Paulina, la cual al ver á Severo quiere retirarse, pero la detiene éste, para manifestarle que al llegar allí había creído tocar al colmo de su felicidad casándose con ella; pero que su esperanza fué un sueño, y que su corazón está desgarrado al saber que pertenece á otro. Paulina le ruega que no prosiga, que se aleje de allí, que su deber de esposa le impide escucharle por más tiempo, y que reciba su último adiós. Insiste Severo en saber si le ama todavía, y las entrecortadas palabras y suspiros de Paulina le revelan que no se ha engañado, y protestándole que no la olvidará jamás se aleja de ella.

Poliuto, persuadido de que su esposa ha dado cita á Severo, y presa de los celos, jura vengarse de su traidor rival; pero luego se arrepiente de aquel arranque de ira, y renuncia á su venganza en aras del Señor.

Cámbiase la escena, y se presenta el templo de Júpiter, donde están reunidos Calistene,

-5-

Severo, Félix, Paulina, los sacerdotes y pueblo armenio para juzgar á Nearco, acusado de enemigo de los dioses y de catequista de la religión de Cristo. Este no lo niega, pero se obstina en no declarar quien fué el neófito que el día anterior había abrazado la religión cristiana. Para obligarle á ello ordena Severo que lo lleven al tormento; pero en aquel instante se presenta Poliuto, declara ser el neófito que se busca, y en prueba de ello derriba el ara é insulta á los sacerdotes de la falsa idolatría. Paulina, desesperada, se arroja á sus brazos para suplicarle que desista, pero Poliuto la rechaza y se afirma más y más en su declaración, y en su consecuencia es condenado á ser devorado por las fieras.

ACTO TERCERO.

El Martirio.

Paulina va al subterráneo donde Poliuto espera tranquilamente la muerte, y en vano emplea las súplicas y el llanto para moverle á que abandone el culto de su nueva religión, con lo cual se le concederá la vida. Poliuto conmovido por el afecto de Paulina, y tranquilizado por las explicaciones que le ha dado de su inocente conducta, levanta las mano